

ECHEVERRÍA, JAVIER; ALMENDROS, LOLA S.

Tecnopersonas. Cómo las tecnologías nos transforman, Editorial Trea, S. L., 2020, 454 pp.

La importancia de un texto tiene que ver con la calidad de sus ideas y también con sus consecuencias. Muy simple, nos preguntamos qué pretenden Javier Echeverría y Lola S. Almendros cuando escriben sobre *tecnopersonas* y *tecnomundos*, para qué quieren expresar estas ideas: ¿quieren escribir un ensayo controvertido, inquietante, implacable, tirar una bomba?, ¿les gustaría escandalizar, sacudir la tierra, las conciencias, dar escalofrío? ¿Nada de eso? Nos preguntamos cuál será la reacción del lector: ¿se preocupará?, ¿se tirará, deprimido, de un acantilado?, ¿se sentirá iluminado, dubitativo, perturbado?, ¿tendrá ganas de actuar, de seguir el juego, de contradecir a los autores?, ¿se reirá, divertido? ¿Cuáles serán las consecuencias de este ensayo?

Javier Echeverría y Lola S. Almendros, que no son ningunos desconocidos, han escrito el ensayo *Tecnopersonas. Cómo las tecnologías nos transforman*, conscientes de una acentuada paradoja que caracteriza a nuestra época: a mayor innovación y progreso, mayor incertidumbre y ausencia de referencias, como se observa en la premisa del “eterno presente” del tiempo de internet (p. 11), que rompe con la ordinaria noción del tiempo.

Este ensayo filosófico sin duda no pasará desapercibido. Si bien no se ocupa de la amplia gama de tecnologías que conforma a las sociedades postindustriales, ilumina aspectos sobresalientes de las tecnologías digitales. La materia principal que acapara es la “progresiva *tecnologización de las personas*, sean estas individuales o colectivas” (p. 41). Ciertamente es que el interés por esa tecnologización no es algo nuevo. Filósofos del siglo XX tan notables como Günther Anders y Jacques Ellul, cada uno a su modo, se han referido a una forma de deshumanización impulsada por una visión eminentemente tecnológica, que a decir verdad no se contradice en absoluto con la del presente ensayo. Obviamente, el tiempo en el que escriben Echeverría y Almendros reclama un tratamiento con énfasis diferentes, pues las tecnologías de las que se ocupan son el resultado, según los

autores, de una revolución tecnocientífica, que organiza, remodela y transforma la naturaleza, la mentalidad, el lenguaje, las actividades y las acciones del ser humano, así como de su entorno y vida social en general. Es el tiempo, para decirlo contemporáneamente, del *Homo digitalis* de los mundos artificiales y virtuales (T. Walsh), el mundo de las *tecnopersonas*.

Esta transformación mediada por la tecnología tiene algo de paradójico, que felizmente a los autores no se les escapa: a pesar de la cada vez mayor familiarización con las nuevas tecnologías del mundo digital “lo único que parece claro es que, en la época de la información, somos espectadores extrañados. Es complicado saber qué sucede y qué se nos aventura” (p. 1). Como señalara Adorno: “En los hombres la alienación se pone de manifiesto sobre todo en el hecho de que las distancias desaparecen”, *Minima Moralia. Reflexiones desde la vida dañada* (Taurus, Madrid, 2001) 38.

De esta manera, no debería sorprender a nadie que una de las propuestas iniciales del ensayo sea indagar en una *filosofía de las tecnopersonas y de los tecnoentornos* (p. 50), teniendo en cuenta que en nuestra época nada es más natural que el uso de la tecnología y de las redes sociales, por ejemplo; nada es más común que participar en los llamados *mundos informatizados*, incluso si se participa por razones circunstanciales. Muy pocos osarían discutir la función preponderante que tiene la tecnología ni que se esté convirtiendo en el centro irrecusable de la vida humana. Vivimos, habitamos, en *tecnoentornos*, es decir, en mundos digitalizados, argumentan Echeverría y Almendros, donde las categorías espacio-tiempo ahora son tecnológicas, esto es, relacionales. La vida “online”, la *tecnoestancia* en el mundo digital, es eso precisamente; *experiencias* próximas al vértigo y a la obsolescencia, sin historia ni verdadera experiencia ni vínculos duraderos. Pero también están allí, en las *nubes* —las nuevas necrópolis, se podría decir— los *tecnocadáveres*, “restos digitales de las personas muertas” cuya posibilidad de reiniciar la “vida” virtualmente está en manos de los llamados algoritmos (pp. 276ss). Al respecto, ¿podrán así los usuarios de internet liberarse de la inquietud que suponen los misterios de la muerte? Como sea, para Echeverría y Almendros la natural condición mortal sigue siendo deseable: “quienes escribimos

este libro preferimos morir a robotizarnos” (p. 268). Declaración que exhibe un férreo espíritu humanista.

Ahora bien, aunque las tecnologías de los entornos informatizados —cuya evolución ha sido imparable— se han ido incorporando paulatina y progresivamente de manera natural a la vida de las personas, el nuevo espacio social, o *tercer entorno* que ha generado internet, está, nos dicen Echeverría y Almendros, fuera de la ley y es en la mayoría de los casos constitutivamente antidemocrático. Esto da lugar a una nueva faceta del poder: el *tecnopoder* (p. 57), gobernado por los así llamados *señores de las nubes*. Este *tecnopoder*, que hace posible la tecnociencia, tiene una asombrosa particularidad: da origen a tres clases de *tecnopersonas*: 1) “cíborgs, prótesis corporales, seres humanos absortos en las pantallas, avatares, personajes virtuales, fotografías y vídeos subidos a las redes y a YouTube, artefactos *inteligentes*, robots, *influencers*, etcétera” (p. 76); 2) “artefactos tecnológicos como los robots y otras modalidades de *software*, que simulan y potencian funciones y capacidades mentales de los seres humanos” (pp. 81-82), y 3) “personajes literarios, cinematográficos, de dibujos animados o de videojuegos que sirven como iconos imaginarios para los dos tipos de tecnopersonas recién mencionados: por ejemplo, *Matrix*, *Blade Runner*, Lara Croft o la serie de Netflix *Black mirror*, pero también *animales y monstruos inteligentes*, típicos de los videojuegos y de la ciencia-ficción” (pp. 81-83). En el tercer entorno nuestras vidas se convierten en algo más que personas (inter)conectadas, en una ficción naturalizada, en la que, por cierto, la privacidad, de acuerdo con Vinton Cerf, podría ser una anomalía.

Por otra parte, no es extraño, pues, el significativo interés de Echeverría y Almendros por atender al cambio conceptual que provocan las transformaciones tecnocientíficas en el ámbito de las tecnologías informáticas y que ellos intentan describir por medio del prefijo “tecno”. Así, no es raro que fomenten su uso “en español combinándolo con diversos sustantivos, verbos y adjetivos” con el propósito de “indagar el sentido y los posibles significados de varios neologismos” (p. 19).

Así también, el título del ensayo merece una observación. Los entornos tecnológicos o tecnoentornos hacen algo con nosotros, nos

transforman, pero no de cualquier manera sino performativamente y su propósito es el dominio y el control (p. 242). Significa que la forma en que nos “transforma” la tecnología es la forma, lo sepamos o no, en que experimentamos el mundo y la vida; como sugieren los autores, la forma en que nos adaptamos como mansos corderos.

En el centro de estos análisis hay problemas filosóficos, éticos y metafísicos de gran calado, expuestos con una dosis importante de desenfado, ingenio y capacidad argumentativa. El ensayo ofrece la posibilidad de debatir libremente sobre las *tecnopersonas* con otros (tecno)lectores y con los propios (tecno)autores, de medirse críticamente con ellos en el mismo terreno de discusión. Este carácter emancipatorio quizá sea una de las formas del mejor estilo socrático en nuestra época de pantallas, datos, bits, algoritmos, ciberespacio y red, esto es, en la era de la industrialización tecnológica de las personas. No en vano hay un explícito llamado a la *rebelión de los usuarios* (p. 309), a no dejarse gobernar por los *señores del aire* y sus avanzadas tecnologías; un llamado a cultivar esa condición indispensable que define a los ciudadanos de las sociedades libres: la conciencia crítica, elemento incómodo e inconformista que no se deja abrazar por la apariencia de las cosas ni por ley escrita alguna.

María Carolina Maomed P.
karolacl@hotmail.com

HILDEBRAND, DIETRICH VON

Moralía. Obra póstuma, (Presentación y traducción de Sergio Sánchez-Migallón), Biblioteca Palabra, Madrid, 2020, 622 pp.

Por fin el lector tiene la posibilidad de hacerse con la obra póstuma de Hildebrand (1889-1977) en lengua castellana. Con esta obra el autor completa y amplía su obra magna *Ética* escrita en el año 1953.

En estos escritos últimos, ordenados ahora en forma de libro, Hildebrand nos hace ver que junto a los valores hay otros datos moralmente relevantes y originarios que son también fuentes de la moralidad.